

cántara y los regimientos de *Borbon*, *Rey* y otros, de los cuales se compone el primer cuerpo de ejército, habían pasado á apoyar al batallón que ocupaba el fuerte. En el momento cargaron á la bayoneta los regimientos citados, porque nuestros soldados, así que dan vista al enemigo, disparan su carabina y cargan á la bayoneta; siendo tal el pánico que se apodera de este al ver ejecutar esta maniobra, que huye despavorido con los brazos abiertos y dando gritos espantosos. Un batallón del regimiento del *Rey*, con su comandante á la cabeza, trató de cortar á unos 800 moros, no pudiendo verificarlo por lo inaccesible del terreno; pero unos 150 se arrojaron al mar sin querer *Altar* las armas, consintiendo perecer con ellas.

Preciso es reconocer que nuestros enemigos son tenaces y valerosos, acaso porque el espíritu de la civilización no les ha afeminado ni debilitado todavía. En lo más reñido del combate, llamó la atención de todos el arrojo de un capitán español, desgraciadamente herido, que espada en mano dirigió una carga á la bayoneta marchando doce pasos delante de su compañía. El general en jefe premió su valentía, concediéndole sobre el campo de batalla y cuando era conducido al hospital de sangre, el grado inmediato, justa y merecida recompensa.

Dos jóvenes oficiales, hermanos ambos, é hijos de un militar distinguido, ofrecieron también á la vista de todo el ejército una prueba de su valor y de su fraternal cariño. Herido uno de ellos, el menor, y próximo á caer en manos de los moros, vióse pronto como el rayo avanzar en su auxilio, solo y sin contar más que con sus propias fuerzas, al hermano mayor. Mientras que procuraba sacarle del inminente peligro en que lo veía, sin pensar en el que le amenazaba á él mismo, dos traidoras balas vinieron á sellar con su sangre tanto amor y tanto heroísmo. Ambos hermanos cayeron abrazados, el uno muerto y el otro herido gravemente en el pecho, aunque había esperanzas de salvarle. En el lecho del dolor en que estaba postrado, y en medio de atroces sufrimientos, el desgraciado joven preguntaba incesantemente por su hermano á cuántos iban á visitarle, á quien creía solamente herido.

Pero apartemos la vista de este cuadro de dolor íntimo, de esta especie de cuadro de familia que se dibuja entre el bullicio, la agitación y el estruendo de la guerra, para fijarla en otros incidentes, si bien de la misma naturaleza, menos tristes y aflictivos.

Hablóse mucho en el ejército de la aventura de un soldado que terminada la acción del referido día, se presentó al conde de Lucena para ofrecerle la espingarda que con la vida había arrancado á un moro. «Mi general, dijo con el mayor desembarazo; con permiso de mis gefes, vengo á regalarle á V. E. esta espingarda de un moro á quien he muerto. — Pero, ¿en efecto, le has muerto tu? le preguntó el general O'Donell. Si señor, respondió el soldado; y si no, que lo digan mi sargento y demás camaradas de mi compañía.» Enterado de la verdad del caso, el conde de Lucena recompensó el valor y la cortesía del soldado, concediéndole la cruz de Isabel II pensionada. La misma gracia concedió á un cazador que tuvo la suficiente fuerza de ánimo para estraerse él mismo, sin auxilio de nadie, y con una sangre fría asombrosa una bala que le había penetrado en el hombro.

En general, todos los gefes y oficiales hacen grandes elogios del arrojo y disciplina de las tropas; arrojo y disciplina tanto más notables, cuanto que recaen en soldados casi bisoños. Si esto hacen ahora, ¡que no harán cuando las fatigas del campamento les hayan endurecido y se hayan acostumbrado á la embriagadora agitación de los combates!

He aquí, ahora, el parte detallado de esta acción según lo publicó la GACETA de Madrid.

«Ministerio de la guerra.—Parte recibido en este Ministerio.—Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—Excmo Sr.: Sería la una del día 30 del mes pasado, cuando empecé á oír algunos tiros en la parte que cubre el reducto de Isabel II, y que forma la derecha de nuestra línea avanzada, y al poco tiempo, al paso que el tiroteo aumentaba, y sin que tomase parte el carácter de importante, recibí un parte del General Gasset, dándome conocimiento de que se acercaban á nuestros puestos ascendiendo de la parte de Anghera y Belzús, fuerzas considerables de moros, y de que todo anunciaba un ataque serio á nuestras primeras posiciones.—En el acto monté á caballo y subí al reducto de Isabel II, desde donde podía abrazar toda la extensión del campo, habiendo antes ordenado que el segundo cuerpo, á las órdenes del general Zabala, avanzase á las alturas que están encima del Serrallo, y que la división de reserva lo hiciese á este último punto, para auxiliar en caso preciso al primer cuerpo que era el que estaba en combate.

A mi llegada encontré, que en virtud de las disposiciones del

general Gasset, que por la herida del general Echague manda el primer cuerpo, subian el regimiento de Borbon y batallon de Talavera al mando del brigadier Sandoval al reducto de Isabel II, y los batallones de Cataluña y Madrid al boquete de Anghera á las órdenes del brigadier Lasausaye, siguiendo las demás fuerzas del mismo cuerpo para reforzar los puntos que fuesen necesarios.

El enemigo habia dirigido la mayor parte de las suyas sobre la derecha, tomando las alturas hasta la casa del Renegado, y por la izquierda sobre el boquete de Anghera, anunciando querer interponerse entre este punto y el Serrallo; pero vigorosamente recibido por los batallones de Borbon y Talavera, fue arrojado á los barrancos y espesos bosques de que están revestidos, persiguiéndolo despues hasta la garganta que conduce á Anghera, desde donde previne retrocediesen nuestros soldados.

En la derecha se habia sostenido un vivo fuego por bastante tiempo, hasta que calculando yo que los enemigos que habian subido á la altura del Renegado podrian ser cortados, hice cargar al regimiento de Borbon con su coronel á la cabeza entre dicha altura y las peñas que ocupaban un crecido número de aquellos, lo que verificó con un arrojó admirable, quedando cumplido mi objeto; pero los moros, que vieron la imposibilidad de reunirse al grueso de los suyos por hallarse interpuestas nuestras tropas, se precipitaron en derrota por los derrumbaderos que caen al mar, tirándose á él mas de 300 y dejando muchos cadáveres en el camino. Nuestros soldados persiguieron al enemigo hasta las primeras chozas de la kabila de Belzus, de las que quemaron algunas, retirándose al campo en virtud de mis órdenes, pues consideré innecesaria é improductiva una persecucion mayor cuando en mis planes no entraba el avanzar mis posiciones.

En este combate en que solo tomaron parte nueve batallones del primer cuerpo y ninguno del segundo y reserva, que no fué preciso emplear, he quedado altamente satisfecho del general Gasset; del brigadier Makenna, segundo gefe de estado mayor general, que con la mayor inteligencia y bizarría dirigió la carga de la derecha; de los brigadieres y gefes de brigada de aquel cuerpo de ejército y de los gefes, oficiales y tropas del mismo, en los que no falta, sino sobra de arrojó, es lo que he notado.

Refugiados los moros á lo mas alto y fragoso de la sierra de Bullones, y acercándose la noche, hice que las tropas regresaran á sus campos respectivos que ocuparon sin accidente.

Nuestra pérdida en este dia ha sido de 7 oficiales y 45 individuos de tropa muertos; 2 gefes, 14 oficiales y 258 individuos de tropa heridos, y 3 oficiales y 38 individuos de tropa contusos.

La del enemigo, segun los cadáveres que quedaron en el campo y que solo dejan cuando les es imposible, aun á fuerza de sacrificios retirarlos, calculo será de unos 230 muertos y 600 heridos.

No acabaré este parte sin rogar á V. E. lo eleve á la consideracion de S. M. por si se digna aprobar las recompensas que concedí sobre el campo de batalla á la casi totalidad de los heridos de que remito relacion por separado, mientras elevo otra propuesta de hechos que no pude ver, pero que me han sido luego conocidos y que considero dignos de premio.

Hubiera deseado dar antes á V. E. el parte de este hecho de armas, pero atenciones urgentes é imprescindibles del servicio lo han hecho retrasar contra mi voluntad.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general del campamento frente á Ceuta 6 de Diciembre de 1859.—Leopoldo O'Donell.

La Reina aprobó las gracias concedidas en el campo de batalla por el general en jefe, á consecuencia de la accion del 30 de noviembre, habiendo ascendido á comandantes los capitanes don Salvador Caldero, de *Borbon*; D. Simon Hernandez, de *Barbastro*; D. José Olivares y D. Federico Pellicer (han muerto de resultas de las heridas). Se ha concedido grado de coronel á D. Fabian Cañizares, segundo comandante de *Borbon*; grado de comandantes á los capitanes D. Gregorio Eizaguirre, de *Borbon*; D. Mariano Gil de Palacios, de *Borbon*; á D. José Olivares, de las *Navas* y á D. Narciso de Pedro, de artillería.

El mayor número de gracias ha sido para la tropa, pues pasan de 250 las cruces de Maria Isabel Luisa sencillas y con pension de 10 y de 30 rs., las otorgadas á los heridos.

Tambien para la sanidad militar ha habido recompensas, pues se ha concedido la cruz de Isabel la Católica al médico D. Juan Bosina, y de San Fernando al de igual clase, D. Antonio Ferrer Martinez.

Veamos ahora el objeto de los moros al atacar con tanto empeño á las primeras tropas que invadieron su territorio. ¿Ha sido esto plan, impaciencia ó fanatismo? Nos inclinamos á creer lo último. Esas tribus bárbaras á quienes nuestra paciencia de tantos años inspirara el desprecio del nombre español, y que nos

creían impotentes para corregir sus desmanes, se han escandalizado probablemente al ver que vamos á buscarles en lo mas escabroso de sus montañas. Esos hombres como si hubiese de faltarles tiempo para castigar tanta osadía, vinieron furiosos á arrojar-se á la boca de nuestros cañones; cuanto mas débil se supone á un enemigo, tanto mayor es la audacia del que lo ataca. Si los moros fueron rechazados los dias 20 y 22 de noviembre, no creerian por eso menos facil su empresa al ver engrosar incesantemente sus filas con los contingentes de las tribus vecinas. Segun noticias recibidas del campamento español, en la accion del 25, tomaron tambien parte tropas regulares marroquies, pues así lo indicaba el traje uniforme de algunas fuerzas que se presentaron á combatir en este dia. Para los moros, á juzgar por la disposicion del ataque que tomaron en esta accion, no se trataba solamente de tomar los reductos, sino de que los españoles no pudiesen efectuar su retirada á la plaza de Ceuta; quisieron interponerse entre los fuertes y el campamento, mientras que parte de ellos lo circunvalaban por todos lados. El ataque fue rudo, la defensa heroica, pues nuestras tropas salieron al encuentro de los enemigos y los rechazaron diferentes veces á la bayoneta, hasta quedarse con sus posiciones.

Por el número de combatientes que pueden poner en campaña las tribus de Anghera, Cuadras y Cerchonaus mas inmediatas á Ceuta, y las fuerzas regulares que se dejaron ver en la accion del 25, los moros se presentaron en número de 14,000 hombres, mientras que las fuerzas españolas que el general Echagüe les opuso, no llegaban á 5,000. Este dia debe haber costado muy caro á los enemigos, puesto que además del fuego de fusilería estuvieron espuestos largo tiempo á la metralla de nuestra artillería.

A pesar de eso, el dia 30 los moros volvieron á embestir el campamento del Serrallo. Nuestros lectores no deben estrañar esa pertinacia de los hijos del desierto. Entre sus tribus, todas las cuestiones de alguna importancia, y sobre todo las que se refieren á la guerra, se resuelven por medio de asambleas numerosas celebradas al aire libre. En esta clase de reuniones rara vez prevalecen los consejos de la esperiencia, y el fuego de la juventud concluye por arrastrar á los demas; tampoco falta nunca en estas asambleas algun astucioso morabito que sabe esplotar en provecho propio el fanatismo de esos hombres, avivando su rencor contra los infieles, presagiándoles grandes victorias y cuan-

do no otra cosa, un lugar envidiable en el Paraiso. Como cada dia acuden hombres nuevos al campo enemigo ansiosos de batirse con los cristianos, trasmiten su ardor á los vencidos de la vispera, y el árabe, cuya imaginacion se impresiona con tanta facilidad ante una demostracion belicosa, vuelve de nuevo al combate.

Sin embargo, el valor y la energia del árabe tiene tambien sus limites, y su moral decae con la misma prontitud que se enardece. Despues de unos cuantos esfuerzos infructuosos, cuando el fatalismo haya invadido su espiritu y les diga que no se puede vencer al cristiano y que es preciso conformarse con la voluntad de ALLAH, este dia esas tribus indomables hoy, doblarán su cerviz ante nuestras armas victoriosas y aceptarán todas las condiciones que queramos imponerles.

A algunos de los moros muertos en la accion del 30 de noviembre se les encontró varios manuscritos y reliquias que se suponen huesos de sus santones. Uno de los manuscritos hallados dice así:

«En nombre de Dios clemente y misericordioso. Proteja Dios á los hijos de Mohammed. Confiemos todos en el Dios piadoso y en el profeta, su enviado. Él es quien nos ama y nos escucha en nuestras aflicciones. ¡Oh clemente! ¡Oh Dios! ¡Oh Señor nuestro! ¡Oh precioso! ¡Oh augusto! ¡Salvanos del fuego enemigo, y dadnos paz y salud para defenderte! ¡Te lo pedimos por Mohammed, tu profeta querido! ¡Oh Mohammed! ¡Todos te rogamos que nos protejas y engrandezcas el nombre de Dios y el tuyo! ¡Salva tus esclavos de Mohammed! ¡Ruega al Señor Dios por la salud de tu pueblo con quien eres bondadoso!»

Otro de los manuscritos solo contenia las palabras de *Dios es misericordioso* repetidas unas cinco mil veces.

Otro que estaba escrito con tinta muy clara decia:

I. Oh Ali mio, pelea con los bárbaros por la gloria de Dios y su profeta, y cuando hayan muerto ó estén al otro lado del mar, vuelve que el amor de Fatima te espera. No hay mas que un Dios para los fieles, ni mas que Ali para Fatima.

II. No hay poder
ni fuerza sino
en Dios y Moham
med el Confiado.

III. Dios clemente y misericordioso protejed á los hijos de Mohammed. Confiemos todos en el Dios piadoso y en su profeta. Él quien nos ama y nos escucha en nuestras aflicciones. Él nos ha-

rá vencer á esas legiones de infieles que han pasado el mar. Él hará que cumpliéndose las profecias, torne el creyente á purificar las santas mezquitas de Córdoba y Granada de las profanaciones del impío.

IV. «Alabado sea Dios, escucha las oraciones. ¡Oh Mohammed, da paz á los muertos! Instruccion para los hijos de Ali, nuestro jefe y señor; 22 cánticos en honor de Mohammed Benetsur el Dehuach y 5 genuflexiones; 18 cánticos en honor de Ehue el Tahbok: 22 cánticos en honor de Alanes y 36 cánticos en honor de Elbachfuat. Salud.»

Lo que prueba muy particularmente que para los marroquies la guerra que hacen es una guerra fanática, es que entre los cadáveres se han visto también algunos ancianos, aunque fuertes, casi abrumados por la edad. Esto mismo revela que no es la lucha empeñada tan fácil, como algunos de los que no conocen ni las dificultades del terreno, ni la astucia é impetuosidad de los moros creen, y que es preciso para llevar á cabo la campaña, mucha prudencia y mucha prevision. Uno de los cadáveres tenia en los bolsillos de su sucio y asqueroso jaique una mal perjeñada cartera, y en ella varios papeles y amuletos contra las heridas y enfermedades.



CAPITULO XIII.

Aniversario de la espulsion de los moros de España.—Importancia de la artilleria en la presente lucha.—Activanse en las fundiciones los trabajos de esta arma.—Grandes aprestos en el arsenal de la Carraca.—Confianza de las tropas en su general en jefe.—Visita la linea de fortificacion en el campamento.—Consue-la á los enfermos y heridos en los hospitales.—Memorable combate del 9 de diciembre.

El dia 2 de enero del actual, hizo 368 años que fueron lanzados los moros de nuestra patria. Granada, su último refugio, fué entregada el 2 de enero de 1492 á los Reyes Católicos, despues de la encarnizada lucha que por espacio de mas de siete siglos sostuvo la Cruz con la media luna.

Este grande acontecimiento, de tanta gloria y prez para los españoles, se celebra todos los años en la poética Granada, mas que con entusiasmo, con frenesí. Desde las primeras horas del dia, ondea el pendon Real en un balcon de las Casas Capitulares: las campanas de todos los templos anuncian la gran festividad y especialmente la de la Vela; donde su histórica y elevada torre no cesa de llamar con vibrante tañido á todos los habitantes de las cercanias. Llegada la hora de la funcion religiosa, el Ayuntamiento pasa á la magnífica Basilica, obra del inmortal Diego Siloé, y despues de celebrada una misa solemne con *Tedeum* y de pronunciarse un discurso histórico y de accion de gracias por uno de los mas distinguidos oradores, se dirige la corporacion Municipal á la real Capilla, y delante de los sepulcros de los reyes católicos se tremola el indicado pendon.

Entre los festejos que tienen lugar todos los años, no deja nunca de representarse por tarde y noche el antiguo drama *la Con-*